

REALIDAD ECONÓMICA, SOCIAL Y POLÍTICA DE IBEROAMÉRICA

Por Wilfredo Canales

País de Origen: Perú

Sirviendo en: Paraguay

Introducción

Los organizadores de la presente conferencia, han denominado al segundo segmento de la temática de la misma “Presente: intentemos un análisis situacional con integridad”. Reconocemos este acierto, porque uno de los rasgos característicos de la reflexión teológica en el mundo-sur, a diferencia del mundo noratlántico, es precisamente, tomar en cuenta la situación en medio de la cual debe darse nuestra obediencia al Señor. Desde esta perspectiva, la reflexión teológica se distancia del terreno de la abstracción para responder a los desafíos de la situación humana a la que debe ministrar.

La incursión en el tema de esta ponencia, nos obliga a precisiones introductorias en relación con dos categorías usadas. Por un lado, la categoría *iberoamérica*, lejos de ayudarnos a precisar una identidad, más bien, nos confronta con una compleja diversidad cultural y social. Lo mismo ocurre con la categoría “América Latina” y otras que se han usado en diversos contextos.¹ Probablemente, es entendible hablar de “iberoamérica”, para hacer referencia, desde el punto de vista geográfico, a los países de habla hispana y portuguesa en América y Europa. O, culturalmente, para incluir, además de los citados, al mundo hispano de los Estados Unidos. Sin embargo, querer usar esta categoría para hablar de la realidad económica, social y política de un segmento del mundo totalmente heterogéneo, me parece que escapa a los límites de esta ponencia. Nos encontramos ante el desafío de una complejidad. Esta complejidad fue resaltada por Francisco Piñón, Secretario General de la Organización de Estados Iberoamericanos, cuando afirmó que,

Iberoamérica constituye una comunidad integrada por pueblos americanos y europeos con fuertes lazos de raíz histórica y nuevas afinidades sociales, políticas y culturales, pero también se constituye como una identidad de proyecto que pretende favorecer la integración y el desarrollo en la región basados en los cimientos de su diversidad cultural.²

Lo señalado antes nos lleva a delimitar nuestro enfoque en el sentido de que, vamos a asumir como sinónimos *América Latina* (dándonos una licencia para incluir las naciones del Caribe que no hablan un idioma “latino”), e *Iberoamérica* (en el entendido de que abarca a Brasil). Cuando hagamos referencia a *iberoamérica* en términos más amplios

¹ Octavio Paz, refiriéndose a la noción de “América Latina” decía: “Desde hace cerca de dos siglos se acumulan los equívocos sobre la realidad histórica de América Latina. Ni siquiera los nombres que pretenden designarla son exactos: ¿América Latina, América Hispana, Iberoamérica, Indoamérica? Cada uno de estos nombres deja sin nombrar a una parte de la realidad”. En: *Tiempo Nublado*, Planeta Colombiana Editorial, 1ª. Reimpresión, 1990, p. 162.

² “Presentación”. Revista *Pensar Iberoamérica*, Madrid, No. 0 (Febrero 2002).

(incluyendo a España y Portugal), será con fines comparativos entre la realidad latinoamericana y la ibérica propiamente (España y Portugal).

Por otro lado, está la categoría *realidad*, que pareciera aludir a algo estático, fijo, casi “fotográfico”, que está ahí para ser “observado”. Esto, por supuesto, no es así. Y, menos, tratándose de la realidad económica, social y política (realidad humana, en síntesis) de iberoamérica. La “realidad”, entonces, como categoría de análisis en la investigación social, apunta a algo dinámico, cambiante y complejo, cuyo entendimiento convoca al uso de una diversidad de herramientas que posibilitan su diagnóstico y propuesta de mejoramiento o transformación, según sea el caso. Aún cuando los organizadores de la presente convocatoria, nos han recomendado que “en tanto que diagnóstico evaluativo, (debemos) privilegiar el dato estadístico preciso y actualizado”³, es importante recalcar que, la realidad no se refleja ni se explica a sí misma, requiere ser analizada, interpretada, a partir de un marco teórico referencial que de sentido a la información estadística. El dato estadístico, por sí mismo, no tiene ningún significado si no va acompañado del análisis respectivo.

A partir de estas consideraciones, enfocaremos primero nuestra atención en ciertos indicadores de la realidad económica, social y política para, luego plantear algunas derivaciones de esa realidad en la vida de la iglesia.

1. Indicadores de la realidad económica, social y política

Todo presente requiere una mirada al pasado, aunque sea de reojo. Mucho de lo que hoy vivimos está directamente emparentado con el proceso que nos dio identidad como naciones o continente, según sea el caso. Por ello, consideramos de sumo valor la apreciación de Robinson Cavalcanti, cuando señalaba

Somos un continente en construcción. En contraste con las antiguas civilizaciones asiáticas y de la antigua Europa que cuentan con siglos y siglos de historia, con una cultura e instituciones establecidas, el Nuevo Mundo –a pesar de los 500 años de su “descubrimiento”- continúa siendo una región marcada por la inestabilidad y por grandes interrogantes en relación con su futuro.

Antes de la presencia ibérica nunca fuimos una unidad. Vivíamos divididos en etnias y unidades políticas, en reductos culturales bastante diferenciados. A esa diversidad original hay que agregar la diversidad de la empresa colonial de *dos pueblos ibéricos* – españoles y portugueses- cuyas acentuadas diferencias no deben ser minimizadas. La interacción entre los diversos colonizadores y nativos se refleja en los perfiles distintos de los virreinos castellanos y de las varias capitanías portuguesas en América.

Una diferenciación adicional aparece con la importación de la mano de obra esclava africana..., de presencia muy significativa principalmente en nuestra costa atlántica...Tenemos en común el *idioma* (que son dos), la *religión* (cuyos porcentajes, influencias y características no son uniformes) y la *pobreza* (dividida asimétricamente) que nos dice que estamos en la *periferia del sistema internacional*.

³ 1ª. Conferencia Teológica Nazarena Iberoamericana. “Regulaciones para la preparación de ponencias principales y reacciones”, p.4.

La diversidad de un continente en construcción: eso quiere decir que lo que había fue destruido, lo que fue traído no puede ser trasplantado y lo nuevo aún no se consolidó.⁴

A la luz de la aseveración de Cavalcanti, podemos notar la disparidad que está implícita, históricamente, en la categoría iberoamérica. En la configuración de este conglomerado, hay una tensión histórica constante: los países ibéricos (España y Portugal), en pleno proceso de expansión colonial, desembarcaron en esta parte del mundo que, con su llegada, empezó un proceso de “construcción” o, mejor dicho, articulación con las metrópolis hegemónicas que ha marcado la dinámica de su vida y desarrollo hasta el presente.

Siglos después, nos encontramos con la misma asimetría. Los países ibéricos de la península como parte, ahora, de una realidad llamada Europa están conectados al proceso de globalización presente, de manera totalmente distinta que los países “ibéricos” del continente americano⁵. Veamos algunos indicadores:

La década de los años noventa, para América Latina, empezó llena de expectativas, en contraposición de la década anterior. La denominada “década perdida” (años ochenta), en alusión a los problemas de crecimiento económico y desarrollo social marcados por la crisis de la deuda, estaba terminando, y con ella, parecía que se daba paso a una etapa “mejor”. En el contexto internacional, se operaban cambios radicales en los países de Europa oriental con su símbolo más dramático, la caída del muro de Berlín (noviembre de 1989). Resultado de este cambio, se dio un impulso significativo al proceso de reunificación de Alemania (octubre de 1990). Si proyectamos estos eventos en un panorama político más amplio, habría que señalar que asistíamos, entonces, al llamado fin de la guerra fría y de la bipolaridad que caracterizó gran parte del siglo XX. Desde el punto de vista económico, se iban acentuando los perfiles del llamado proceso de globalización.⁶

En este contexto de crisis y cambio, el economista John Williamson, del Instituto de Economía Internacional⁷, acuñó la expresión “Consenso de Washington”⁸. Este

⁴ “La situación socioeconómica y política de América Latina”, en *Boletín Teológico*, Buenos Aires, No. 44 (1991): 249.

⁵ Para un estudio más detenido de esta afirmación, Ver Klaus Bodener “Las relaciones europeo-latinoamericanas en los noventa: nuevos impulsos, nuevos temores”. En Mols/Hengstenberg/Kohut/Sandner/Sangmeister (editores), *Cambio de paradigmas en América Latina: nuevos impulsos, nuevos temores*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1994, pp. 77-91.

⁶ Para efectos de profundización de este señalamiento somero recomendamos: José Miguel Benavente y Peter J. West, “Globalización y convergencia: América Latina frente a un mundo en cambio”. En María Concepción Tavares y otros, *Economía y Felicidad*, Cuadernos de Ciencias Sociales, San José, FLACSO, 1992, pp. 49-99. Rolando Franco, “Globalización, democracia y equidad: ¿qué pasa hoy en América Latina?”, *Contribuciones*, Buenos Aires, No.3 (2000): 49-73. Alain Touraine, “Mutaciones en América Latina”, *Sociedad*, Buenos Aires, No. 2 (Mayo 1993): 5-15.

⁷ La sede de esta institución se encuentra en la capital norteamericana.

⁸ El nombre mismo de “Consenso de Washington”, aludía al “acuerdo tácito” que tenían el conjunto de organismos internacionales y dependencias del gobierno norteamericano, todos, con sede en la capital norteamericana: Banco Interamericano de Desarrollo (BID), Banco Mundial (BM), Fondo Monetario Internacional (FMI), Secretaría de Estado y Secretaría del Tesoro.

“consenso” buscaba explicitar, según Williamson, un conjunto de reformas que las economías de América Latina, caracterizadas por una fuerte presencia del Estado en ellas, deberían aplicar para atraer nuevamente a los capitales privados y salir de la crisis de la deuda. Las reformas en cuestión eran, fundamentalmente, diez: disciplina fiscal, reordenamiento de las prioridades del gasto público, reforma tributaria, liberalización de las tasas de interés, tipo de cambio competitivo, liberalización del comercio, liberalización de la inversión extranjera, privatización, desregulación y derechos de propiedad. Como lo señala Jeremy Clift, “aún cuando este conjunto de políticas tuvo originalmente por objeto reformar las economías de América Latina, pronto se convirtió en un modelo para todo el mundo en desarrollo. Asignaba énfasis a la disciplina macroeconómica (particularmente fiscal), la economía de mercado y la apertura”⁹

A partir de estas propuestas, convenientemente acompañadas de la presión que ejercían los organismos internacionales de crédito y la administración norteamericana, se empezaron a implementar los llamados Programas de Ajuste Estructural (PAE), en los diversos países de la región, con sus correspondientes grados de profundidad y crisis. En los países en que se aplicaban estos “programas”, los responsables de la política económica justificaban sus decisiones con la promesa de que la era el “único” camino para salir de la crisis y disfrutar de economías más saludables y de beneficio para “todos”. Aún cuando, en el transcurso de la década de los noventa, ya se alzaban varias voces de advertencia¹⁰ respecto a precisiones de orden político que debían acompañar a este “paquete de reformas” o nuevo “paradigma” como fue llamado, esas voces no tuvieron eco.

Al mirar a nuestro alrededor, ¿cuál ha sido el resultado de ese “nuevo paradigma de desarrollo económico”? ¿Podemos celebrar sus “frutos”? Los analistas, desde diversos ángulos ideológicos nos dan su diagnóstico. José Antonio Ocampo, a la sazón, Secretario Ejecutivo de la CEPAL, hacía el siguiente balance:

La liberalización económica fue presentada al mundo en desarrollo como la respuesta a estrategias ineficientes asociadas a la protección comercial, a los altos niveles de intervención estatal y a la captación de rentas (rent seeking) por parte de los agentes económicos, que dichas estrategias generaban...En los últimos años se ha producido un intenso cuestionamiento acerca de la sabiduría de esta visión (en los países centrales)...En los países en desarrollo, la desilusión con las reformas es creciente...El comercio y la inversión extranjera directa han crecido notablemente, pero la “Tierra prometida” de altas tasas de crecimiento se percibe cada vez más como un espejismo. En América Latina, la región en donde más se ha avanzado en el proceso de reformas, el crecimiento de los años noventa fue tan sólo de un 3.2% anual, ritmo

⁹ “Más allá del Consenso de Washington”, *Finanzas y Desarrollo*, No.3 (Septiembre 2003): 9.

¹⁰ Harmut Sangmeister, en su trabajo “El cambio de paradigmas: adiós al desarrollismo y al cepalismo” sostenía, “Aunque parezca paradójico, a primera vista, la actual política de reformas orientada hacia la *liberalización* del mercado requiere obligatoriamente un nuevo modo de regulación estatal más allá del estatismo y neoliberalismo; para limitar los costos sociales, políticos y económicos de la transformación, las instancias estatales deben ampliar su autonomía y competencia para poder vigilar los mercados, fomentar la modernización tecnológica a través de políticas prácticas de educación e investigación e imponer una política social compensatoria”, En: Mols / Hengstenberg / Kohut / Sandner / Sangmeister (editores), ob. cit., pp. 187-188.

significativamente inferior a las cifras registradas durante las tres décadas de industrialización liderada por el Estado, entre los años cincuenta y setenta (5.5% por año).¹¹

Más incisivo en su análisis, Ignacio Ramonet, señala, “Las políticas de ajuste estructural impuestas a los países en desarrollo en los años ‘90 en el marco del Consenso de Washington han dado resultados satisfactorios a escala macroeconómica, pero han significado un costo social exorbitante y contraproducente. Los gobiernos han saneado las economías únicamente para favorecer la inversión internacional y, al mismo tiempo, han destruido las sociedades”¹² La destrucción de las sociedades a las que refiere Ramonet, significó para nuestra América Latina la ruptura de la textura social a niveles dramáticos. En un reciente informe producido por el PNUD¹³, se nos confrontan con datos que son realmente escalofriantes: mientras que en 1980 la pobreza alcanzó al 35% de la población latinoamericana, en la actualidad corresponde al 43.9% vive en la pobreza (225 millones). De esta población, 100 millones de ellos (19.4%) son indigentes. Para agravar esta dramática realidad, en 1998, más de 50 millones de personas, que antes pertenecían a las clases medias, ahora han pasado a engrosar la clase de “nuevos pobres” latinoamericanos. Como si esto no fuera suficiente, nuestra región ostenta el denigrante privilegio de ser la más desigual del planeta en lo que respecta a la distribución de las riquezas: el 10% más rico de la población percibe 30 veces el ingreso del 10% más pobre. Sumado a ese “galardón”, Latinoamérica exhibe otro récord, ya que tiene la mayor tasa de homicidios del mundo, esto es, 25.1 muertes por cada 100 mil habitantes. Además, otro indicador de la injusticia se da en el hecho de que el 54.8% de los presos no tiene condena firme.

Este cuadro de datos nos revela que, la crisis de los ochenta no sólo no se solucionó sino que se agravó en los noventa, a pesar de los traumáticos ajustes y sacrificios que experimentaron, especialmente, los sectores más vulnerables. En términos amplios, se ha producido un grave deterioro de la calidad de vida, se han fracturado las estructuras de intermediación política, se han afectado severamente la educación, la alimentación y la salud, así como el medio ambiente. En suma, estamos viviendo bajo la marca de la crisis. El politólogo uruguayo, Fernando López-Alves, nos dice al respecto,

Se observa un mismo sentimiento, en nuestros países, acerca de la orientación que han venido llevando los procesos políticos y económicos; fundamentalmente, una sustracción de los horizontes de certidumbre que toda sociedad precisa tener. Eso produce una sensación de vacío, una vacancia de futuro ligada a aspectos quizá menos racionales pero igualmente importantes en la vida social que fueron desatendidos por las dirigencias políticas. La

¹¹ “Retomar la agenda del desarrollo”, Revista de la CEPAL, Santiago de Chile, No. 74 (Agosto 2001): 8.

¹² “Efectos de la globalización en los países en desarrollo”, Le Monde Diplomatique-Edición Chile, Santiago de Chile, No.1, Septiembre 2000.

¹³ “Fortalezas y debilidades de la democracia en América Latina”. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Reseña comentada por Hinde Pomeraniec, Diario Clarín, Buenos Aires, 25 de abril 2004.

*sensación popular de que estamos a la deriva, que el barco no tiene destino, que no se sabe para dónde se va, existe.*¹⁴

2. Perspectivas

En un marco como el descrito, ¿se puede pensar en salidas pertinentes? Las respuestas se están dando desde diversas esferas. El economista Bernardo Kliksberg, del BID, nos llama la atención a aspectos que hace tiempo hubieran sonado extraños:

*La familia, una institución fundamental de la sociedad, ¿tiene algún impacto en la economía? ¿La situación de un país en términos de valores morales predominantes influye en un desempeño económico? La visión del desarrollo puramente economicista que ha tenido tanta presencia en la Argentina y en América Latina excluye de sus análisis temas como la familia, los valores éticos, la solidaridad... Hay en el nivel internacional una creciente insatisfacción con este enfoque. Surge de los fracasos macroeconómicos y sociales como el argentino, entre otros, y de la constatación del gran peso que pueden tener en la economía junto con los factores económicos otras dimensiones como la ética cultural y familiar. Hacer buena economía, según indica la realidad, significa también estimular vigorosamente la solidaridad, proteger la familia con políticas activas, exigir conductas éticas integrales a los líderes, volver a vincular la ética con la economía.*¹⁵

Desde la perspectiva política, el PNUD nos ha entregado recientemente un informe de extraordinaria importancia: “La Democracia en América Latina: Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos”. En el prefacio, Elena Martínez, Directora Regional del PNUD para América Latina y el Caribe, sintetiza la propuesta del informe en términos muy precisos: hay una reiterada apuesta por la democracia, como gobierno del pueblo, pero “Gobierno del pueblo significa entonces un Estado de ciudadanos y ciudadanas plenos. Una forma, sí de elegir a las autoridades, pero además una forma de organización que garantice los derechos de todos: los derechos civiles (garantías contra la opresión), los derechos políticos (ser parte de las decisiones públicas y colectivas) y los derechos sociales (acceso al bienestar).”¹⁶ Esto apunta a convertirse en la agenda política de los próximos años en nuestros países.

En el contexto de esta crisis y sus desafíos, ¿qué rol tiene la iglesia y su misión? ¿Hay espacio para pensar en un rol que sea significativo? Héctor Pavón, periodista, reseñando una investigación sobre prácticas religiosas realizada en el Gran Buenos Aires (Argentina), afirmaba “En los últimos años, hombres y mujeres abrumados por una situación común de desesperanza, motivada en gran parte por problemas socioeconómicos, sumaron ritos y costumbres místicas y esotéricas a su religión

¹⁴ “El neoliberalismo se olvidó de los destinos nacionales”. Entrevista. Diario Clarín, Buenos Aires, 8 de septiembre 2002.

¹⁵ “¿Cómo hacer buena economía?”. Extractado de www.iadb.org/etica/documentos/kli_hacia.htm

¹⁶ Alfaguara, Buenos Aires, 2004, p. 16.

particular”¹⁷ En ese mismo trabajo se encontró que, el 65.5% de los entrevistados creía que la falta de perspectivas laborales y la crisis social son las causantes del aumento de las creencias sobrenaturales y las religiones alternativas. Asimismo, el 35.2% por ciento cree que esto sucede porque la gente tiene necesidad desesperada de creer en algo; el 29.7% porque la gente busca soluciones mágicas y rápidas a sus problemas reales y el 29.1% porque necesita canalizar la frustración que siente.

En un panorama así, no es extraño, entonces, que notemos la proliferación de las más variadas y extrañas formas de religiosidad que se están diseminando por todo el continente. Por lo mismo, este fenómeno se torna en un desafío serio para la claridad que la iglesia debe tener en su misión, así como en la forma de llevarla a cabo, evitando caer en los facilismos, inmediateismos y superficialidades que afectarán su integridad en función de las demandas del Reino de Dios que está llamada a encarnar y proclamar.

Conclusión

Un panorama como el descrito, puede llevarnos a asumir que, como la realidad además de compleja está fracturada, es muy poco lo que nos “toca” hacer a “nosotros” como iglesia. Muchas veces, ante una situación de clamorosa desesperanza optamos por el repliegue, pensando que “nuestra tarea” tiene que ver más con el fuero personal, “espiritual” y, por lo tanto, de muy escasa trascendencia social. Esta perspectiva, es el resultado de una misiología limitada y, en algunos casos, comprometida con un proyecto que nada tiene que ver con el Reino de Dios.

Nuestro enfoque debe cambiar, para dar paso a uno mucho más amplio y desafiante, que nos ayude a inscribir nuestro servicio al Señor y su reino, en el contexto de una transformación que, empezando en el nivel personal asuma e impacte los niveles, familiares, comunitarios y sociales más amplios. En esta línea de percepción de nuestra misión, Luis Ignacio Sierra Gutiérrez, nos señala enfáticamente,

*La dimensión religiosa humana no sólo se halla presente en el dominio íntimo y privado a que la han relegado los procesos de racionalización de la sociedad moderna, sino que subyace a lo social, penetrando y transformando el denso tejido de las relaciones intersubjetivas espontáneas, de las organizaciones sociales y de las relaciones interpersonales y comunitarias. No existe cultura sin manifestaciones o expresiones religiosas... No podemos negar, entonces que lo religioso es elemento constructor de identidad, de sentido de pertenencia y de participación sociocultural. Lo religioso tiene de suyo un carácter social, lo cual significa que es asumido y expresado socialmente y que tiene implicaciones en los demás aspectos de la vida de un grupo humano, de una sociedad.*¹⁸

¹⁷ “Los atajos de la fe”, Suplemento Zona de la política, la sociedad y las ideas, Diario Clarín, 12 de noviembre 2000, p.3.

¹⁸ Ponencia “Religiosidad, medios de comunicación y consumo”. En: VIII Encuentro Latinoamericano de FELAFACS, Cali, 1994, p. 2. El ponente, es un prestigioso teólogo, profesor de la Facultad de Comunicación y Lenguaje en la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Desde la Palabra de Dios, podemos asirnos de una exhortación clara para un tiempo como el presente. Esta exhortación, aunque fue proclamada para el pueblo del antiguo Pacto (Israel), necesita ser retomada por la Iglesia, el pueblo del nuevo Pacto. En Isaías 35:3-4^a, con voz de trueno, el Señor declara por medio del profeta “¡Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles! Decid a los de corazón apocado: ¡Esforzaos, no temáis!” Esta misión de “proclamar”, no se agota en lo verbal. Implica que la vida de la Iglesia, como agencia del Reino, ha de ser definida, clarificada, delimitada. En otros términos, debemos preguntarnos ¿Qué significa ser iglesia hoy? El perfil de la misma, debe ser delineado, a la luz de la Palabra. En vía de establecer un marco de referencia para el efecto, diremos que la iglesia de Jesucristo, para ser tal, ha de mostrar las marcas de la presencia genuina del Espíritu de Dios dirigiendo a su pueblo en el cumplimiento de su propósito. Por lo tanto, la iglesia ha de revisar sus valores, sus prioridades, su filosofía de ministerio, sus estilos de liderazgo, en fin, ha de revisar su vida misma, para darse cuenta si está sirviendo al Señor o a los “ídolos” del momento.

Por otro lado, la gravedad del momento presente, obliga a la Iglesia a replantear su “pastoral”, es decir, su acción explícita ante la realidad humana circundante. Esto supone, que hay una urgente necesidad de definir o redefinir, lo que entendemos por ministerio y ministerios. Necesitamos tomar el pulso a la adoración, a la comunión, a la enseñanza, a la proclamación y al servicio, como funciones vitales de la iglesia en el marco de una herencia y un contexto que no deben ser pasados por alto. Necesitamos, además, delimitar bien la direccionalidad de lo organizacional, lo estructural de la iglesia, para ponerlo en función de una pastoral que sea fiel reflejo de una misiología arraigada en la Palabra, en el contexto de un mundo herido de muerte.

La hora presente está marcada por la crisis. Esta crisis está delineando el terreno de nuestra misión. Pero, también, la presente es una hora de esperanza. La tarea no será fácil, pero es posible. Tenemos la garantía de que estamos en una misión que cuenta con el respaldo de Aquel que nos llamó a servirle en medio de una hora crucial, para la gloria de su Nombre. Por lo tanto, seamos dignos instrumentos de Dios en esta hora difícil.